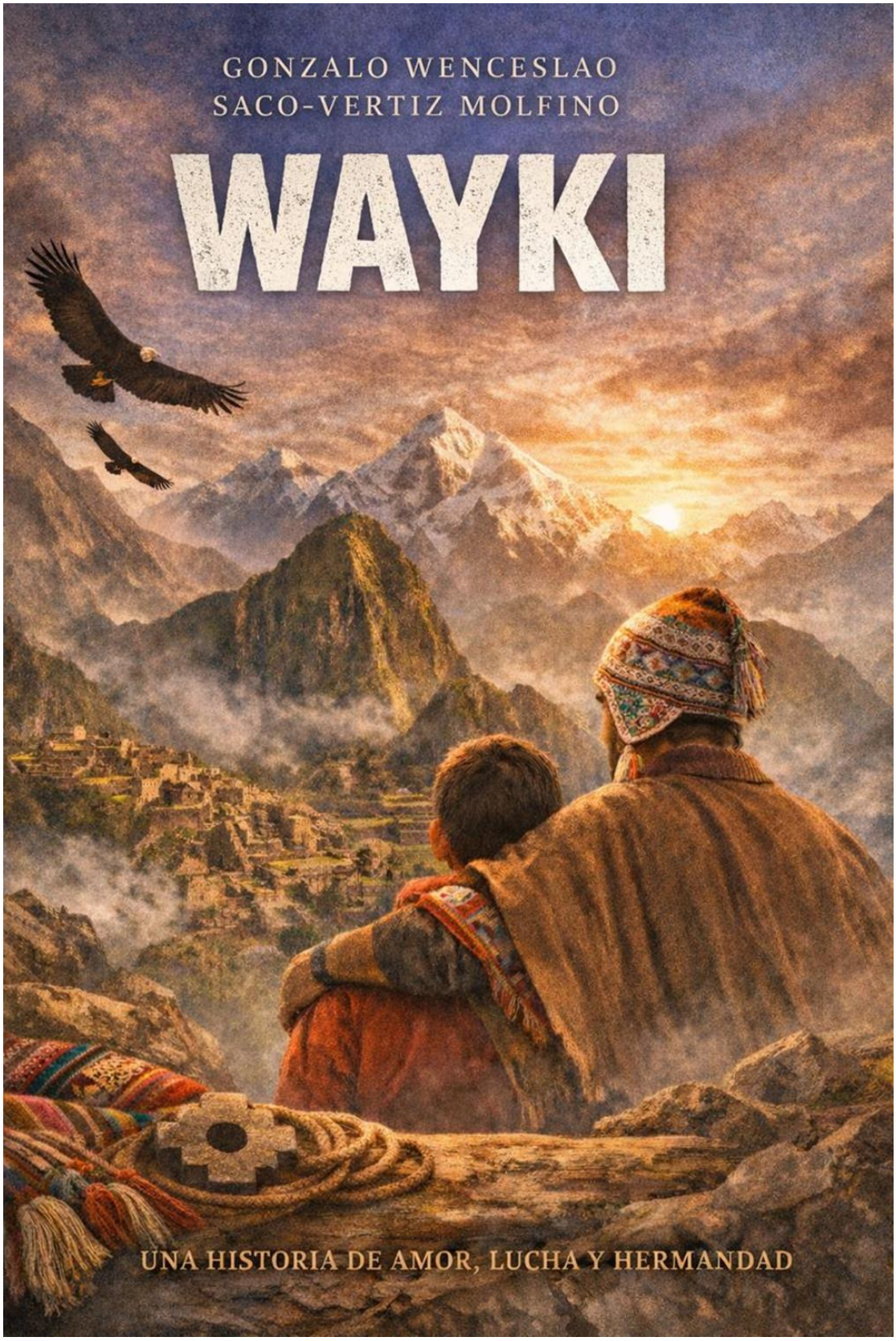
GONZALO WENCESLAO
SACO-VERTIZ MOLFINO
WAYKI
UNA HISTORIA DE AMOR, LUCHA Y HERMANDAD

Prólogo

Hay personas que marcan nuestra vida desde el primer día. Personas que, sin darse cuenta, se convierten en los pilares sobre los que construimos quiénes somos.

Para mí, esa persona siempre fue mi padre.

En quechua existe una palabra muy especial: wayki. Significa hermano. Pero no se refiere solamente a un hermano de sangre. Wayki es alguien que camina contigo, alguien que está a tu lado en las buenas y en las malas, alguien que comparte la vida contigo.

Mi padre fue eso para mí.

Fue quien me enseñó a levantarme cuando caía, a no tener miedo a los golpes de la vida y a mirar siempre hacia adelante. Me enseñó disciplina a través del deporte, valentía a través de su ejemplo y sensibilidad a través de su forma de entender a las personas.

Pero este libro no es solo la historia de mi padre.

Es también la historia de un hijo que, con los años, empezó a ver a su padre no solo como una figura de autoridad, sino como un ser humano: con cicatrices, con miedos, con sueños y con una enorme capacidad de amar.

A veces, cuando somos jóvenes, creemos que nuestros padres son invencibles. Con el tiempo entendemos que también han tenido que luchar sus propias batallas.

Este libro nace de ese descubrimiento.

De la gratitud.
De la admiración.
Y, sobre todo, del amor profundo que puede existir entre un padre y un hijo.

Porque al final de todo, más allá de los años, de los errores y de las victorias, mi padre siempre será eso para mí:

Mi padre.
Mi amigo.
Mi wayki.

En este libro conocerás historias y anécdotas con él y mis amigos de la vida.

Capítulo 1— Mi padre

Mi padre no solo fue un padre amoroso y protector. También es mi amigo, mi wayki, como diríamos en quechua: mi hermano.

Claro, mi padre siempre será mi padre y siempre mantendrá esa figura ante mis ojos. Pero con los años nuestra relación también se convirtió en algo más profundo: una amistad basada en el respeto y la confianza.

Mi padre me dio estructura. Desde muy temprana edad me llevó al mundo del deporte. Me enseñó disciplina, pero también a disfrutar la vida y a mirarla con optimismo.

Su infancia no fue fácil. Cuando tenía apenas ocho años perdió a su padre. De pronto se encontró creciendo en una familia de ocho hermanos donde todos tenían que arreglárselas como podían para salir adelante.

Esa infancia dura, pero profundamente real, lo volvió competitivo. Lo obligó a enfrentar sus miedos desde muy temprano. De alguna manera, la vida lo puso en una situación donde debía aprender a defenderse.

Él es el menor de todos sus hermanos. Y se volvió fanático del boxeo cuando su abuela le regaló sus primeros guantes de box, a él y a su hermano Toño. Desde ese momento salían a buscar a sus vecinos para poder boxear, vecinos a los que también les gustaba este deporte.

Pelear, en ese entonces, no era solo un deporte. Era una forma de aprender a sobrevivir. Era el llamado de la vida misma: aprender a luchar para seguir adelante.

Mi padre también tiene un lado vulnerable que a veces le cuesta reconocer. Como todos los seres humanos, también tiene miedos. Pero es una persona sensible, alguien que puede leerte en segundos cuando algo no anda bien.

Yo te veo, padre.

Y te quiero tal como eres: con tus defectos y tus virtudes.

Porque para mí, como tu hijo, siempre serás mi gran héroe.

Capitulo 2 - Mi Padre y Gumer

Gumercinda era una señora que trabajaba en la casa de mi padre cuando él era pequeño.

Gumer, como le decían de cariño en casa, tenía un hijo llamado José, que con el tiempo se convirtió casi en el hermanito menor de mi padre.

Por eso siempre digo que, en realidad, eran ocho hermanos.

Mi padre tenía seis hermanos; con él eran siete. Pero contando a José, que creció con ellos, eran ocho niños en la casa.

Gumer les preparaba la comida a los ocho, limpiaba la casa y se encargaba de todos los quehaceres del hogar. Era una mujer fuerte, presente en el día a día de la familia.

Una noche, después de ver una película de terror, todos los hermanos decidieron irse a dormir. El problema era que los cuartos estaban en el segundo piso.

Mi padre, muerto de miedo como todos, le pidió a Gumer:

—Gumer, por favor no apagues la luz hasta que lleguemos al cuarto… no vaya a ser que un monstruo nos agarre en el camino.

Pero Gumer, con su sentido del humor, decidió molestarlos un poco.

Cuando veía que los niños empezaban a subir la escalera… ¡pum! apagaba la luz.

Los gritos no se hacían esperar.

Los ocho corrían despavoridos por las escaleras, llorando y gritando de miedo, convencidos de que algún monstruo —o tal vez un lobo— los iba a atrapar antes de llegar al cuarto.

Cada vez que mi padre me cuenta esta historia, no puedo evitar sonreír imaginando la escena: todos los niños corriendo aterrados por la escalera mientras Gumer se divertía con la travesura.

Qué genia Gumer.

Otra escena que también marcaría a Gumer tiene que ver con las pequeñas travesuras de mi padre cuando era adolescente.

Gumer sabía perfectamente cuándo mi padre no iba al colegio y, en lugar de eso, se escapaba con sus amigos a correr tabla en la playa.

Desde el colegio, la maestra a veces llamaba a la casa para avisar que mi padre no había asistido a clases. La intención era que su madre o su abuela se enteraran y le dieran un castigo por haberse “tirado la pera”, como decimos en el Perú.

Pero muchas veces quien contestaba el teléfono era Gumer.

Y Gumer, que le tenía un cariño enorme a mi padre, decidía protegerlo.

Con total naturalidad respondía:

—Sí, señorita, hoy no ha ido porque está enfermo.

Así evitaba que en casa se enteraran de la travesura.

Mi padre siempre recuerda esas historias con una mezcla de risa y gratitud, porque Gumer no solo trabajaba en la casa: también lo cuidaba, lo protegía y, de alguna manera, fue parte de su infancia.

Capitulo 3 - Mi Padre y mi tío Willy

Mi padre era el menor de los hermanos de sangre, y mi tío Willy el mayor.

Esa diferencia de edades hacía que la relación entre ambos tuviera algo de jerarquía… y también muchas pruebas de carácter.

A mi tío Willy le gustaba pelear. Era bravo, de esos que no le corrían a nadie.

Un día estaban los dos en la calle cuando pasó un muchacho desconocido. De pronto, Willy lo llamó:

—Oe, chibolo… ¿tú crees que le ganas a él?

Y señalaba a mi padre.

Mi padre lo miraba sorprendido, sin entender qué estaba pasando ni por qué lo estaban metiendo en esa situación.

Si el muchacho respondía que sí, que creía que podía pegarle, entonces Willy volteaba hacia mi padre y le decía:

—¿Ah sí? Entonces anda y pégale. Demuéstrale que no es así.

Pero si el muchacho respondía que no, que no creía que pudiera pegarle a mi padre, Willy tampoco lo dejaba tranquilo.

—Anda, pégale… por cabro.

Al final, mi padre no tenía opción.

Pelear era sí o sí.

Y si intentaba negarse, Willy lo amenazaba:

—Si no peleas con él… peleas conmigo.

Otra anécdota que recuerda mi padre ocurrió un día en que él y mi tío Willy estaban fabricando una honda, esos aparatos con una liga en el medio que sirven para lanzar piedras.

Mientras trabajaban, Willy no dejaba de molestarlo.

Le decía que la honda estaba mal hecha, que no sabía hacer nada, que así no servía para nada.

Mi padre, ya picón por tanta burla, agarró la honda que había hecho y, con la liga, le hizo el ademán a Willy y se la lanzó directo a la cara.

Willy se molestó.

Sin pensarlo mucho, lo agarró de las orejas y lo levantó por los aires para darle su merecido.

Pero mi padre, todavía más picón, agarró el cuchillo que estaban usando para trabajar la madera de la honda y, en un arranque de rabia, se lo lanzó a su hermano.

Felizmente el cuchillo no le cayó a Willy y se evitó una tragedia.

La hoja pasó de largo y quedó clavada en una puerta, atravesándola.

Si le hubiera caído a Willy, aquella discusión seguramente habría terminado en el hospital… o quién sabe dónde.

Ese día, me cuenta mi padre, fue la primera vez que su mamá realmente le dio una buena paliza como castigo.

Capitulo 4 - Mi hermano mayor Daniel y yo

Para continuar la historia de Willy y mi padre con la honda, y pensar en cómo los genes parecen repetirse dentro de nuestro ADN, recuerdo una situación muy similar que viví con mi hermano mayor.

Un día yo estaba viendo televisión, un programa de fútbol, cuando de pronto llegó mi hermano Daniel y me dijo:

—Ya vete, me toca ver a mí.

Yo no quería ceder mi puesto ni mi comodidad. Había llegado primero y estaba viendo aquel programa con mucho entusiasmo.

Pero él, siendo mayor y más fuerte, simplemente me quitó el control remoto y me dijo:

—Ya vete.

Yo tenía unos ocho años y Daniel unos doce.

Recuerdo que me dio tanta rabia que, cuando se distrajo, agarré el control remoto para recuperarlo. Lo había dejado a un lado mientras se acomodaba cómodamente en mi sitio para ver sus programas de televisión.

Cuando quiso volver a agarrar el control, salí corriendo hacia el baño. Pero antes de que me lo quitara, me di la vuelta y se lo lancé directo a la cara.

Daniel quedó con la cara roja y estaba furioso.

Empezó a golpear la puerta del baño con mucha fuerza, pero ya era tarde. Yo había cerrado con pestillo y no pensaba abrir hasta que mi madre llegara del trabajo.

Mi vida dependía de ello.

Así que cuando mi madre llegó y se enteró del altercado, la sentencia fue simple: cada uno a su cuarto, castigados.

Son historias que pasan cuando tienes hermanos. Es inevitable pelear, sobre todo cuando uno es niño.

En algún momento… siempre va a pasar.

Y para cerrar este capítulo sobre las peleas de hermanos, recuerdo una escena muy graciosa.

En su momento fue un momento de mucha tensión, pero hoy lo recuerdo y no puedo parar de reír.

Valentina es la chica con la que estuve enamorado durante ocho años y de la que hablo en el libro Brichero. Un día decidimos pedir una pizza familiar, y su hermana Stefanía también estaba en casa.

Éramos solo los tres, y teníamos hambre… mucha hambre.

Cuando llegó la pizza, empezamos a comer con entusiasmo. Poco a poco todos fuimos quedando relativamente llenos, pero al final quedó un último slice en la caja.

Tan, tan, tan…

Música de suspenso.

Ya se imaginan la escena, ¿no?

¿Para quién sería ese último pedazo?

Cabe resaltar que en aquella época yo tendría unos 21 años, Valentina 17 y Stefanía 14. Éramos unos chibolos.

De pronto, Valentina, como hermana mayor, declaró con seguridad:

—Esta es mía. Yo solo he comido dos slices. Me falta uno.

Stefanía respondió inmediatamente:

—¡Yo también solo he comido dos! Ese me toca a mí.

Yo, la verdad, no tenía idea de cuántos pedazos había comido cada una. Lo único que sabía era que la mecha estaba por venir.

Intenté calmar las aguas.

—Chicas, ¿saben qué? Repártanse la pizza entre las dos y listo.

Pero ninguna parecía contenta con esa solución.

La discusión empezó a calentarse cada vez más, hasta que, de pronto, cada una tenía ya las manos sobre la pizza, jalándola hacia su lado.

Y entonces pasó.

De repente, Stefanía logró arrancarle el pedazo de las manos a Valentina.

Pero en lugar de comérselo…

Se lo lanzó directo a la cara.

Yo me quedé mudo.

Completamente sorprendido.

Valentina tenía la cara roja, entre la furia y las ganas de reírse de la impotencia. Y la cara de Stefanía era de guerra total.

Mientras escribo esto, no puedo parar de reír, porque recuerdo la escena tal cual como si hubiese pasado ayer.

Capitulo 5 - Mi buen amigo Fabrizio

Fabrizio fue uno de esos primeros amigos que me regaló la infancia.

Recuerdo que en el colegio a Fabrizio le gustaba mucho jugar básquet, mientras que a mí me apasionaba el fútbol. Poco a poco fui jalándolo hacia el mundo del fútbol.

Como él estaba muy concentrado en el básquet y en ese deporte todo se hace con las manos, un día le dije:

—Oye, juega fútbol… puedes ser arquero. El arquero también usa las manos.

La idea le gustó.

Y así, poco a poco, Fabrizio empezó a engancharse con el fútbol. En los recreos empezamos a jugar cada vez más. Cuando iba a su casa después del colegio jugábamos PlayStation, jugábamos con juguetes o salíamos al parque a seguir jugando fútbol.

Yo practicaba los tiros desde el punto de penal y él se paraba al arco a tapar.

Con el tiempo, Fabrizio se volvió un verdadero fanático del fútbol. Tanto así que empezó a coleccionar camisetas. Hoy tiene una colección increíble, con camisetas históricas. Una de las que más recuerdo es la de Francia 98, la camiseta de Zinedine Zidane cuando Francia ganó el Mundial. Esa joya la tiene guardada en su colección, junto con muchas otras.

Fabrizio se convirtió en uno de mis mejores amigos, de esos que uno recuerda con mucho cariño cuando piensa en la infancia.

También recuerdo nuestros campeonatos de exalumnos. Justo antes de venir a Cusco jugamos uno en Lima. Fabrizio me invitó a participar y armamos un equipo con varios compañeros del colegio.

Terminamos ganando el campeonato.

Celebramos aquella primera copa juntos, riendo y recordando los viejos tiempos.

Son de esos momentos que quedan grabados para siempre.

Y cuando miro hacia atrás, me doy cuenta de que Fabrizio no fue solo un amigo del colegio. Fue uno de esos amigos que forman parte de los recuerdos más bonitos de la vida.

Capitulo 6 - Mi Padre y mi primer viaje a Cusco

Mi primer viaje a Cusco lo hice con mi padre y con mi buen amigo Alessandro.

Recuerdo que en esa época existía una aerolínea llamada Aero Cóndor, y yo le tenía miedo a los aviones. Aun así, subí al vuelo con esa mezcla de nervios y emoción que uno tiene cuando va a conocer un lugar nuevo.

Cuando finalmente llegamos a Cusco sanos y salvos, nos fuimos a un hostel llamado Loreto, ubicado en plena Plaza de Armas.

Desde el primer momento sentí una conexión mágica con la ciudad. Sus calles de piedra, las vistas, la historia, las montañas que la rodeaban… todo parecía sacado de un cuento. No podía creer que un lugar tan hermoso estuviera en el Perú y a tan solo una hora de Lima, donde yo vivía en aquel entonces. Mucho menos imaginaba que, años después, Cusco iba a representar tanto en mi historia personal.

Recuerdo que me compré la famosa chacana, también conocida como la Cruz del Sur. Representa al sol y a las tres dimensiones del mundo andino: el Hanan Pacha, el Kay Pacha y el Uku Pacha. En ese momento, para mí era simplemente un collar hermoso, y también mi primera compra en la ciudad. Lo llevaba colgado al cuello a todos lados.

Por supuesto, también fuimos a Machu Picchu.

Y ahí mi padre, con unas mentiras piadosas, logró convencernos a Alessandro y a mí de caminar hasta la cima del Huayna Picchu.

Cada cierto tiempo nos decía:

—Caminen, que ya estamos llegando.

Nosotros, dos chibolos que no queríamos caminar mucho, lo mirábamos con cara de cansancio. Pero él seguía floreándonos.

—Sigan, ya estamos… es aquí nomás.

Cuando llegábamos a ese “aquí nomás”, volvía a repetir:

—Ya falta poco… es aquí nomás.

Ese día escuché la frase “aquí nomás” por lo menos ochenta veces.

Cuando nos dimos cuenta de que ya nos había metido la yuca, como diríamos en el lenguaje informal peruano, ya estábamos en plena subida y no había marcha atrás.

Pero sin pensarlo mucho lo acompañamos. Mi padre nos estaba llevando a un lugar muy especial: la cima del Huayna Picchu, un sitio donde cualquiera quisiera llegar al menos una vez en la vida.

En esa época no era necesario comprar un boleto especial como ahora. Simplemente firmabas un cuaderno donde te anotabas para subir hasta la cima. Hoy ya no es así.

Para quienes no lo sepan, el Huayna Picchu es la montaña que aparece en la típica foto de Machu Picchu. Esa punta que se ve al fondo de la ciudadela… justo ahí fue donde llegamos.

Y la vista desde arriba es algo que jamás voy a olvidar.

Desde esa altura podía ver el pueblo de Machu Picchu y las terrazas incas como si estuviera volando. Por momentos me sentía como un cóndor observando desde lo alto aquella ciudadela mágica.

A veces las nubes pasaban por debajo de nosotros y tapaban todo el paisaje. Pero el viento las movía con tanta rapidez que, unos segundos después, la vista volvía a abrirse frente a nosotros.

Fue un momento mágico.

Cuando finalmente bajamos al pueblo de Aguas Calientes, nos quedamos en un hotel muy lindo en Ollanta. Al día siguiente visitaríamos la ciudadela de Ollantaytambo… y viviríamos otra aventura: hacer rafting en el río.

Capitulo 7 - Rafting y Ollanta

Llegamos a Ollantaytambo, y recuerdo haber sentido que era un pueblo mágico. Después de haber visitado Machu Picchu y el Huayna Picchu, uno podría pensar que ya lo había visto todo. Pero Ollantaytambo es una de esas ciudadelas que simplemente te dejan impresionado.

Las piedras incas gigantes, las terrazas subiendo por las montañas y ese aire antiguo que todavía se respira en el lugar.

Recuerdo que nos sacábamos fotos en esas famosas ventanas incas, esas ventanas de piedra perfectamente talladas que son realmente impresionantes. Estábamos mi papá, Alessandro y yo, disfrutando el momento.

Después, a ese viaje se unieron dos amigos más. Uno era Gustavo Salas, a quien mi papá molestaba cada rato diciéndole que tenía cara de “cabeza clava”. Y el otro… la verdad es que no recuerdo ni su nombre. Solo recuerdo que era un pata que lloraba en las noches en las discotecas porque extrañaba a su ex. Era bastante gracioso.

La cosa es que después de visitar Ollantaytambo y sacarnos unas fotos muy bonitas, nos fuimos a hacer rafting.

Ese día el río estaba bastante movido. Era temporada de lluvias fuerte, y el caudal estaba alto. De hecho, el río estaba en nivel clase cinco, que es prácticamente lo más alto en dificultad para rafting.

En un momento, el bote empezó a moverse con muchísima fuerza.

De pronto, en uno de los rápidos más fuertes, el bote saltó y Gustavito —la famosa “cabeza clava”— salió volando.

Cayó directo al río.

Nunca me voy a olvidar de su cara. Tenía una expresión de pánico total. Su cara decía claramente: “voy a morir”.

Por suerte, mi padre reaccionó rapidísimo. Lo agarró del chaleco salvavidas justo cuando el río se lo empezaba a llevar y, con un jalón fuerte, logró subirlo de nuevo al bote.

En ese momento fue un susto grande, pero ahora lo recordamos como una historia muy graciosa.

Y lo mejor de todo es que, al final, nada malo le pasó a Gustavito.

Todos volvimos sanos y salvos… y con una anécdota más para contar de aquel viaje inolvidable por Cusco.

Capítulo 8 — Mi Wayki Alessandro Galleno

Alessandro también fue uno de esos amigos memorables del colegio. Con él construí una amistad muy fuerte desde joven, de esas que nacen en la adolescencia y que terminan marcando una etapa importante de la vida.

Además, Alessandro ocupa un lugar especial en mi historia por otra razón: es primo de Valentina, la chica con la que estuve ocho años y cuya historia cuento en el libro BRICHERO.

Pero en este libro, WAYKI, Alessandro aparece por lo que realmente fue para mí en ese momento: un gran amigo.

A Alessandro también le gustaba mucho el fútbol, y fue en el colegio donde nuestra amistad se hizo cada vez más fuerte. Éramos de esos amigos que pasan mucho tiempo juntos: jugando fútbol, conversando, compartiendo el día a día del colegio.

Parte de su familia vivía en Italia, y llegó un momento en el que Alessandro tuvo que irse a vivir allá. Recuerdo muy claramente ese momento de nuestra vida.

Antes de partir, todavía en la época del colegio, Alessandro dejó cuarto de media para regresar a Italia. El día de su despedida quedó grabado en mi memoria.

Ese día nos juntamos en su casa para ver la Eurocopa. Nuestras mamás sabían lo importante que era esa despedida, así que nos dieron el día libre.

Compramos un cajón de cervezas y nos sentamos a ver el partido. Como Alessandro tenía familia italiana, recuerdo que vimos un partido de la selección de Italia contra Turquía —si mal no recuerdo.

Pero más que el partido, lo que había en el ambiente era una mezcla de emociones.

Era la despedida de uno de mis mejores amigos del colegio.

En su casa estábamos varios amigos: Stefano Gaidolfi, Carlos Remar y otros más que querían acompañarlo antes de su viaje.

Cuando llegó la hora del almuerzo, nos despedimos. Le deseamos buen viaje y cada uno siguió su camino.

Ese mismo día nosotros teníamos un partido pendiente con otro colegio. Así que con Carlos Remar y Stefano Gaidolfi nos fuimos al colegio El Alpamayo, donde se jugaba el partido.

La cancha del Alpamayo era espectacular. Una cancha de fútbol once, grande y bien cuidada.

Pero recuerdo muy bien el ambiente dentro del bus camino al partido.

Era un ambiente extraño.

Por un lado estábamos felices de ir a jugar fútbol. Pero por dentro yo sentía una pena enorme de que uno de mis mejores amigos se estuviera yendo a Italia.

Cuando empezó el partido, el otro equipo era claramente mejor que nosotros. Nos atacaban constantemente.

Nosotros nos defendíamos.

Y nos defendíamos.

Y nos defendíamos.

Hasta que apareció un contragolpe.

Carlos Remar salió con la pelota dominada desde la banda derecha. Yo tenía dos defensas delante mío, pero cuando vi que Carlos empezaba a avanzar con la pelota, arranqué a correr entre los dos defensas esperando un pase largo.

Carlos levantó la cabeza.

Y mandó un pase perfecto.

El balón pasó entre los defensas y quedé mano a mano, logré ganarles en velocidad. Cuando el arquero salió a achicar la distancia, el balón venía botando.

Entonces hice lo único que se me ocurrió en ese instante.

Tirar un sombrero.

El balón pasó por encima del arquero y entró al arco.

Fue un gol precioso.

Un sombrerito perfecto.

Antes de irse, Alessandro había escrito unas palabras en mi brazo con un plumón. Era una despedida.

Cuando marqué el gol, grité con toda mi alma y besé mi brazo.

Cuando me di vuelta para celebrar, ya tenía a todo el equipo encima mío saltando, abrazándome y gritando.

Ganamos 1 a 0.

Ese día además, había jugado con la camiseta número “7” que era la de Alessandro.

Después del partido, el profesor de educación física llamó a Alessandro por teléfono y le dijo:

—Hemos ganado con gol de Zegarrita.

Zegarrita era como me llamaban en el colegio.

Y yo era su mejor amigo.

Ese día sentí algo difícil de explicar.

La tristeza de despedir a un gran amigo.

Pero también una felicidad enorme dentro de una cancha de fútbol.

Fue uno de esos momentos mágicos que la vida te regala… y que nunca se olvidan.

Capítulo 9— Mi Wayki el Chino Montes de Oca

En todos los grupos de amigos siempre hay un personaje que destaca. No necesariamente porque haga más ruido que los demás, sino porque su presencia deja huella. En mi caso, uno de esos personajes fue el Chino Montes de Oca.

El “Chino”, como siempre le hemos dicho de cariño, es un personaje optimista y gracioso.

Fanático del fútbol y muy competitivo, al Chino simplemente no le gusta perder. Y si pierde en algo, le cuesta reconocerlo. No por picón, sino por esa actitud competitiva con la que enfrenta la vida.

Es una persona llena de ideas. Anda acelerado todo el día, siempre pensando en el próximo plan: salir de casa, viajar, explorar el mundo y descubrir las posibilidades que la vida ofrece.

Quizás en ese mundo tan creativo que existe dentro de su cabeza necesita también un cable a tierra. Y ese cable a tierra es su familia, sus amigos… y sus gatos.

Tiene un buen corazón y una gran empatía por las personas. Tal vez por eso ha sabido construir un buen grupo de amigos que lo quiere y lo aprecia.

El Chino es uno de esos pocos amigos que la vida me regaló desde la infancia. Y con los años hemos sabido cultivar una amistad verdadera.

De esas amistades que no son muchas.

Pero que duran para siempre.

— Chino y el fútbol

Cuando éramos niños, el Chino vivía a la espalda de mi casa.

Nos pasábamos la voz de ventana a ventana para salir al parque a jugar.

—Te voy a buscar a las tres —le decía yo.

El Chino asentía con la cabeza.

A la hora indicada llegaba con mis zapatillas de fútbol y mi pelota. Le tocaba el timbre y esperaba abajo.

El Chino bajaba corriendo desde el tercer piso y nos íbamos directo al parque.

Ahí pasábamos horas jugando fútbol.

Entre risas, caídas y goles improvisados fuimos perfeccionando nuestras primeras técnicas: aprender a driblear, marcar, controlar el balón… y, sobre todo, competir.

Porque si algo tenía el Chino desde niño era su espíritu competitivo. No le gustaba perder ni en los entrenamientos improvisados del parque.

Después del partido volvíamos a su casa a tomar agua y descansar un rato. Muchas veces terminábamos jugando PlayStation, comentando las jugadas como si hubiéramos jugado una final del mundial.

Ya de noche, cuando el día se apagaba, yo volvía caminando a mi casa, que estaba apenas a unos cuantos metros de la suya.

Y así, sin darnos cuenta, fuimos creciendo.

Entre parques, fútbol y amistades que nacen en la infancia… y que el tiempo termina volviendo eternas.

El Chino y el colegio

El Chino, además de ser mi amigo del barrio, también era mi amigo del colegio. Con el tiempo terminamos estudiando en el mismo lugar, lo que hizo que nuestra amistad se volviera aún más fuerte.

El Chino era de esos personajes que esperaba con ansias la hora del recreo para salir corriendo al patio a jugar fútbol. Era su momento favorito del día.

De hecho, organizábamos partidos contra otros salones. Y el Chino, como ya he contado antes, era súper competitivo. Le encantaban las famosas pichangas, como llamamos en Perú a los partidos de fútbol improvisados.

Teníamos un buen equipo. A veces jugábamos contra chicos de clases mayores. Algunas veces ganábamos, otras perdíamos, pero siempre eran partidos muy reñidos. Lo importante era la pasión con la que jugábamos.

El fútbol era parte de nuestra vida.

Después del colegio, ya en la tarde, muchas veces iba a buscar al Chino a su casa para jugar PlayStation. Jugábamos Mario Kart, Winning Eleven y otros juegos que nos mantenían ocupados durante horas.

A veces, después de un rato, volvíamos a salir al parque para seguir jugando fútbol. O simplemente nos quedábamos viendo capítulos de nuestras series favoritas: Caballeros del Zodiaco, Dragon Ball o Supercampeones.

Pero más allá de los juegos, del fútbol o de los dibujos animados, lo que realmente importaba era otra cosa.

Era estar juntos.

Compartir el tiempo.

Y disfrutar esa amistad simple y verdadera que solo existe en la infancia.

— El Chino post colegio

Cuando terminamos el colegio, el Chino decidió estudiar publicidad y marketing. Una carrera que, hasta el día de hoy, sigue ejerciendo con mucha pasión.

Con el tiempo incluso creó su propia agencia, llamada Causa Común, desde donde trabaja haciendo campañas y publicidad para diferentes marcas y restaurantes.

Pero más allá del trabajo, nuestra amistad seguía muy viva.

En esa época también compartíamos mucho con otros amigos del grupo: Alejandro Chiappe, Alessandro Galleno y Stefano Gaidolfi. Muchas veces nos juntábamos en la casa del Chino.

Ahí empezaron también nuestras primeras noches de salir a tomar, conocer chicas y vivir esas primeras experiencias de juventud.

Recuerdo especialmente una noche.

Ninguno de nosotros tenía dinero para comprar un buen whisky. Recién habíamos salido del colegio y prácticamente dependíamos de las propinas que nos daban nuestros padres o de alguna plata que lográbamos conseguir por ahí.

Así que compramos un whisky barato.

Muy barato.

Si mal no recuerdo, se llamaba Blenders. Una verdadera porquería.

Era una de mis primeras juergas —como le llamamos en Perú a las fiestas— y definitivamente no sabía manejar el alcohol.

La cosa es que me emborraché.

Pero no me emborraché en la fiesta.

Me emborraché antes de salir.

Ese whisky era tan malo que me dejó completamente ebrio en muy poco tiempo.

Al final, terminaron llamando a mi padre para que me recogiera.

Recuerdo que en esa época mi padre tenía un Volkswagen Rabbit. A mis amigos les encantaba bromear diciendo que era “el convertible”.

Mi padre llegó, me subió al carro y me llevó a casa.

Al día siguiente pasó algo que nunca olvidé.

Mi padre agarró una botella de alcohol y me dijo que la oliera. Cuando lo hice, inmediatamente me dieron náuseas.

Entonces me miró y me dijo:

—¿Quieres seguir tomando?

¿Estás seguro de que quieres seguir tomando?

No era un regaño.

Era una lección.

Una forma de decirme, sin gritar ni castigarme, que ese no era el camino… y mucho menos para un adolescente.

El chino en Cusco

El Chino siempre fue fanático de venir a Cusco. De hecho, su hermana tiene un departamento que alquila como Airbnb en la ciudad, y él aprovecha para venir todos los años porque simplemente le encanta.

Tengo muchas anécdotas con el Chino en Cusco, porque ha viajado por aquí varias veces. Pero hay una que recuerdo especialmente bien.

Fue una fiesta que hicimos en Pisac, en la casa del Mono.

Ese día estábamos varios: Cali, dos argentinas, el Chino, el Mono, una amiga mía que llevé, yo y Wilder, que es el guardián de la casa.

La reunión empezó tranquila. Estábamos todos riendo, tomando unas chelitas y felices de poder hacer una parrillada juntos, celebrando la vida como se hace muchas veces en el Valle Sagrado.

Pero conforme avanzaba la noche, la fiesta fue agarrando más ambiente.

Yo, en cambio, tuve que irme temprano porque al día siguiente tenía que trabajar. Antes de irme noté que el Chino estaba tratando de coquetear un poco con la chica que yo había llevado, así que le dije:

—Dale nomás, Chino… fluye con la situación.

Para mí la noche ya había terminado.

Al día siguiente me fui a trabajar a la laguna de Piuray. Cuando volví por la tarde a Pisac, me enteré de cosas muy graciosas que habían pasado después de que me fui.

La más divertida de todas fue esta.

Resulta que el Chino había llevado unos chocolates con hongos, los famosos “choco-hongos”. Pero cuando la fiesta terminó, en medio de todo el relajo, se olvidó los chocolates tirados en un sillón.

Más tarde, cuando Wilder —el guardián de la casa— fue a limpiar, se encontró con los chocolates. Y sin pensarlo mucho… se los comió.

El pequeño detalle es que no tenía la menor idea de lo que eran.

A las tres de la mañana, Wilder fue a tocarle la puerta al Mono, que es su jefe y el dueño de la casa.

—Mono… me siento mal… no sé qué me está pasando… todo me da vueltas.

El Mono estaba completamente dormido y prácticamente lo ignoró.

Así que Wilder terminó yéndose solo a la posta médica del pueblo. Tuvo que caminar desde la casa hasta Pisac en plena madrugada para que lo atiendan, sin tener idea de qué le había causado semejante mareo.

Mientras tanto, al día siguiente, el Chino seguía buscando sus chocolates.

—Oye… ¿alguien ha visto mis chocolates?

Finalmente Wilder confesó que se los había comido, y ahí fue cuando pudimos unir todos los cabos de la historia.

En ese momento todos entendimos qué había pasado realmente aquella noche.

Aunque en ese momento no fue nada gracioso para Wilder, hoy que sabemos que está bien y que no le pasó nada malo, podemos reírnos de la historia con total tranquilidad.

Y así son muchas de las noches en Cusco: llenas de amigos, de historias inesperadas… y de anécdotas que años después todavía nos hacen reír.

Capítulo 10— ¡Convertible! ¡Convertible! ¡Convertible!…

Hubo una época en la que mi padre se compró otro auto y decidió cederme —o más bien regalarme— el suyo.

Para mí era algo enorme.

Acababa de sacar mi brevete y, de pronto, tenía mi primer auto.

Era el famoso Volkswagen Rabbit.

Un convertible.

Yo estaba feliz. Para un chico recién salido del colegio, tener un convertible era casi como tener un Ferrari.

Cada vez que mis amigos me veían llegar empezaban a gritar:

—¡Convertible! ¡Convertible! ¡Convertible!

Lo decían porque querían que sacara el techo. El carro era completamente descapotable: se le podía quitar toda la parte superior y quedaba totalmente al aire libre.

Y sí… era un verdadero convertible.

En esas épocas salíamos mucho. Recuerdo que el chino, Galleno y Chiappe, salíamos mucho, especialmente a las fiestas en Mamacona. Ahí se armaban grandes reuniones: había pelea de gallos, música, gente tomando alcohol y mucha juventud divirtiéndose.

Cervezas por aquí, cervezas por allá.

Mirábamos chicas, conversábamos, nos reíamos.

Eran esas primeras juergas de juventud que uno recuerda con una mezcla de inocencia y aventura.

Pero el famoso convertible también tenía sus problemas.

Por ejemplo, el marcador de gasolina no funcionaba bien. Siempre marcaba empty, como si el tanque estuviera vacío, incluso cuando yo acababa de llenarlo.

Así que muchas veces manejaba sin saber realmente cuánta gasolina tenía.

Otra cosa que pasaba era todavía más surrealista.

Podía estar manejando tranquilamente —por ejemplo por el óvalo de la Universidad de Lima— y de pronto…

¡Pum!

Se caía el tubo de escape.

Literalmente se desprendía y el carro seguía avanzando mientras el metal raspaba la pista y sacaba chispas.

Mis amigos, al principio, seguían llamándolo “el convertible”.

Pero con el tiempo, viendo que el carro se malograba en cada esquina, decidieron cambiarle el apodo.

Y empezaron a llamarlo:

El drogadicto.

Porque, según ellos, ese carro “se malograba en cualquier esquina”

Capítulo 11— Stefano Gaidolfi y Franco Noriega mis Waykis

Un día, cuando todavía estábamos en el colegio, Stefano,Franco y yo decidimos ir a una fiesta de quince años. El problema era simple: no estábamos invitados.

Pero eso no nos detuvo.

Llegamos igual, con la esperanza de encontrar alguna forma de colarnos. Dimos vueltas por la casa, miramos los muros, revisamos la entrada… pero la seguridad estaba muy atenta. No había forma de entrar.

Después de varios intentos fallidos, nos dimos por vencidos.

Con cierto aire derrotado empezamos a caminar de regreso por la pista, aceptando que esa noche no habría fiesta para nosotros.

Pero entonces vimos algo.

A lo lejos había luces, música y bastante movimiento. Nos acercamos por curiosidad y descubrimos que era una fiesta de matrimonio.

Nos miramos los tres.

Y sin decir mucho… tomamos una decisión.

Si no habíamos podido entrar al quinceañero, nos colábamos al matrimonio.

Entramos como si nada, con la seguridad de quien actúa como si perteneciera al lugar. Y, sorprendentemente, funcionó.

De pronto estábamos dentro de una boda elegante.

Había whisky Etiqueta Negra, comida por todos lados, piqueos, gente bailando, música… todo.

Para tres chicos de colegio que recién empezaban a probar el alcohol, tomar un Johnnie Walker Black Label era prácticamente como estar bebiendo el mejor trago del mundo.

Así que hicimos exactamente lo que cualquier adolescente habría hecho.

Tomamos.

Comimos.

Repetimos.

Piqueo por aquí, whisky por allá.

Pasaron un par de horas y nosotros seguíamos felices, disfrutando como si realmente fuéramos invitados de honor.

Hasta que algo cambió.

De pronto alguien nos señaló desde otra mesa. Esa persona le dijo algo a la novia, quien empezó a mirarnos con cierta curiosidad.

Unos minutos después, la novia se acercó directamente a nuestra mesa.

Nos miró y preguntó:

—¿Ustedes quiénes son?

Sin dudar demasiado respondimos:

—Somos familia del novio.

La novia levantó una ceja y preguntó:

—¿Ah, sí? ¿Y el novio cómo se llama?

Nos miramos los tres.

Un segundo.

Dos segundos.

Y entonces gritamos:

—¡Corre!

Salimos disparados de la mesa y empezamos a correr hacia la salida antes de que la seguridad pudiera reaccionar.

Logramos escapar.

Esa noche cada uno volvió a su casa por su lado.

Pero al menos lo hicimos con el estómago lleno… y bastante bien tomados.

Una de esas anécdotas absurdas de juventud que, con los años, terminan convirtiéndose en recuerdos inolvidables.

Capitulo 12 – Mi Wayki Gonzalo Ugarte

Otro amigo que me regaló la vida en los años de colegio fue Gonzalo Ugarte. Con Gonzalo hicimos una amistad muy fuerte desde jóvenes, una amistad que se ha mantenido durante muchos años.

Recuerdo varias historias con él en el colegio. Éramos de esos que a veces se portaban mal y terminaban castigados afuera del salón.

Una vez nos habíamos tirado la pera de las clases y estábamos caminando tranquilamente por el pasillo del colegio. En eso pasó una profesora y me vio solo.

—Gonzalo —me dijo—, ¿qué haces acá? ¿Por qué no estás en clase?

Para no quedarme al descubierto yo solo, grité de inmediato:

—¡Gonzalo! ¡Te buscan!

Se lo dije a Gonzalo Ugarte, tirándole dedo.

Al final la profesora nos ampayó a los dos y nos llevaron de vuelta al salón, que era donde debíamos haber estado desde el principio.

Otra historia que recuerdo mucho es la de los memorándums del colegio. Cuando los profesores mandaban notas para mis padres y yo no quería que

ellos se enteraran, firmaba los memorándums yo mismo… como si fuera mi papá.

Durante un tiempo funcionó.

Hasta que los profesores finalmente se dieron cuenta de que yo era el que estaba firmando todo. Entonces llamaron a mis padres al colegio, y ahí se enteraron de que todos esos memorándums nunca habían llegado a sus manos.

Obviamente no fue mi momento más glorioso.

Con Gonzalo también hemos compartido experiencias ya de adultos en Cusco. Él ha venido varias veces con su familia, y he tenido la suerte de poder pasearlo por algunos de los lugares más bonitos.

Hemos ido a Mountain View, a la laguna de Piuray, hemos manejado cuatrimotos por el Valle Sagrado… y hemos seguido acumulando recuerdos.

Porque al final, las verdaderas amistades son esas que sobreviven al tiempo, a la distancia y a las diferentes etapas de la vida.

Y Gonzalo Ugarte es uno de esos amigos que guardo muy, muy dentro de mi corazón. Un amigo incondicional, de esos que hay pocos en la vida.

Así que gracias a la vida por tener un amigo como Gonzalo Ugarte.

Capitulo 13 - Pelucha y Lola

Mis mascotas también han sido grandes amigos en mi vida: Pelucha y Lola.

Pelucha fue un perrito que adoptó Valentina, mi exenamorada con la que estuve ocho años. Cuando Valentina llegó a Lima quería un perrito que le hiciera compañía, y así fue como llegó Pelucha a nuestras vidas.

Decidimos ponerle ese nombre porque parecía literalmente un peluche. Era tan suave, tan chiquita y tan tierna que el nombre le quedaba perfecto. Aunque era hembra, igual se quedó con el nombre de Pelucha.

Pelucha siempre estuvo muy pegada a Valentina. Era un perrito muy fiel y noble, como suelen ser los perros con sus dueños. Pero curiosamente también se encariñó muchísimo conmigo.

Cada vez que yo llegaba a la casa de Valentina, ella gritaba desde adentro:

—¡Pelucha, papi!

Obviamente “papi” era yo.

En ese momento Pelucha empezaba a aullar de felicidad. Eran unos aullidos fuertes, desesperados, como si no pudiera contener la emoción de saber que yo estaba llegando.

Cuando finalmente se abría la puerta o cuando yo bajaba del ascensor y entraba al departamento, Pelucha se me tiraba encima. Yo la cargaba y ella movía la cola como loca, llena de alegría.

Después, cuando me sentaba a ver televisión, Pelucha siempre se acomodaba a mi costado.

A veces Valentina, por molestar, fingía que me pegaba en la pierna. En ese momento Pelucha reaccionaba inmediatamente y se ponía a ladrarle a Valentina para defenderme, a pesar de que Valentina era su propia dueña.

Valentina se mataba de risa viendo cómo ese perrito tan pequeño se ponía en modo protector conmigo.

Cuando Pelucha falleció fue uno de los momentos más dolorosos que viví. Fue muy triste despedirme de ella.

Pero también sentí algo muy bonito: la sensación de que su alma descansaba en paz. Yo creo que los perritos también tienen alma. Y sentir que pude despedirme de Pelucha me dio mucha paz.

Siempre la guardaré en mi corazón, porque fue un perro realmente adorable.

Lola

Si hablamos de Lola, su historia empezó algunos años después.

Lola llegó a mi casa alrededor del año 2013. Era un pequeño cachorro de bulldog francés cuando mi hermano decidió llevarla a casa, y todos nos enamoramos inmediatamente de ella.

Desde pequeñita tenía una costumbre muy curiosa: le encantaba echarse entre las piernas de las personas para sentir el calor humano.

Yo empecé a sacarla al parque junto con Guapa y Pipa. Guapa era su mamá y Pipa su tía. A Lola le fascinaba que le tiraran la pelota de tenis para correr detrás de ella.

Desde entonces Lola me agarró un cariño muy grande, porque sabía que yo era quien la sacaba al parque a pasear.

Siempre fui fanático de César Millán, el famoso encantador de perros, así que me gustaba mucho sacar a los perros a caminar, estar atento a sus necesidades, dejarlos oler, explorar el parque, relacionarse con otros perros. En el fondo, simplemente disfrutar de un paseo, como a cualquiera le gustaría.

Lola también fue parte importante de mi proceso de sanación cuando me separé de Valentina. Yo salía a correr al parque y Lola muchas veces me acompañaba.

Aunque una vez sí me pasé un poco.

La llevé a correr por el Pentagonito, que es un parque enorme en Lima. Lola me siguió por todo el recorrido.

Al día siguiente casi no podía caminar. Estaba media coja. Felizmente con los días se recuperó.

Cuando me fui a vivir a Cusco tuve que dejar a Lola con mi familia. En realidad, tampoco me la hubieran dejado traer, porque Lola ya era un perro de toda la familia.

Pero cada vez que regreso a Lima, Lola siempre se me pega como si yo siguiera siendo su amo, su líder.

Definitivamente con Lola he tenido una conexión muy profunda. De esas conexiones que uno nunca olvida.

Hoy Lola tiene 13 años y sigue viviendo en la casa de mi mamá. Mis hermanos la quieren muchísimo y la engríen bastante. Mi hermano mayor la ha sabido cuidar muy bien.

Y algo que me hace muy feliz es que mi hija Kiana haya podido conocerla.

A Kiana le encanta jugar con Lola. A veces se pasa un poco de fuerza, como hacen los niños, pero Lola tiene una paciencia increíble con ella.

Siempre le digo a Kiana:

—Cuida a tu Lolita, dale besitos.

Tengo una foto muy bonita en mi cuarto donde aparece Kiana dándole un beso a Lola en su cabecita.

Y cada vez que la veo siento algo muy especial.

Es como ver dos partes importantes de mi vida encontrándose: mi hija… y una perrita que ha sido parte muy importante de nuestra historia.

Capitulo 14 - Mi hija Kiana

Con Kiana intento ser su cómplice, su compañero de aventuras, su amigo. Me gusta ser su cómplice de travesuras, llevarla al cine, hacerla jugar, comprarle helados, engreírla.

Definitivamente con Kiana trato de ser como mi padre fue conmigo: una persona cercana, amigable, alguien con quien uno puede divertirse y compartir momentos.

Uno con los hijos siempre trata de darles lo mejor.

A veces me siento culpable de no poder estar con ella todo el tiempo. Al estar separado de su mamá, Kristina , ahora veo a Kiana mucho menos de lo que la veía cuando vivíamos juntos.

Durante sus dos primeros años pude verla crecer todos los días. Pero después de la separación, ya no fue igual. Empecé a verla mucho menos.

Entonces, cada vez que tengo la oportunidad de estar con ella, trato de aprovechar esos momentos al máximo. La llevo al parque, jugamos, vamos al cine, comemos algo rico. Intento hacerla feliz.

Porque si hay algo que extraña un padre cuando se separa, es justamente eso: dejar de ver a sus hijos en el día a día.

Muchas veces los hijos se quedan con la madre, y el padre ya no comparte esos momentos cotidianos. Al principio es algo muy difícil de sobrellevar. Muy doloroso.

Con el tiempo uno se va adaptando, hace su vida, sigue adelante… pero al inicio duele mucho.

Por eso con Kiana trato de ser su cómplice, su amigo. Le compro helados, chocolates… a veces incluso me paso un poco. Pero son pequeños momentos que puedo disfrutar con ella, y trato de vivirlos al máximo.

También me gustaría que con el tiempo Kiana y yo tengamos esa amistad que yo tuve con mi padre.

Curiosamente, yo tampoco veía todos los días a mi papá cuando era niño. Yo vivía con mi mamá. Pero cuando estaba con él, hacíamos muchas cosas juntos.

Nos íbamos a hacer deporte, a jugar fútbol, al parque.

Recuerdo que en esa época mi padre tenía un perro llamado Tábata. La llevábamos al parque, le tirábamos la pelota y ella corría feliz. A veces también la llevábamos a la playa, y Tábata se metía al mar a nadar.

Eran momentos simples, pero muy bonitos.

Y de alguna manera me gustaría que Kiana también tenga experiencias así.

Ahora tenemos a Lola, que forma parte de nuestra historia familiar. Aunque Lola no es muy fanática del agua ni de la playa —es un bulldog francés, no un labrador— sí le encanta el parque.

Entonces llevar a Kiana a sacar a Lola a pasear, a jugar con ella, a compartir esos momentos, me parece algo muy bonito.

Creo que tener un perro en la vida de una persona es algo muy especial. Es una compañía muy noble.

Valentina lo tuvo con Pelucha. Yo lo he tenido con Lola. Y ahora Kim, también tiene un perrito hermoso que se llama Majo.

Mi padre tenía un hermoso bulldog francés llamado Capone, al cual Kiana mi hija le llamaba Camote. Cuando vamos a casa de mi padre Kiana me pregunta: dónde está Camote? Yo le explico que se fue al cielo.

Por eso me gusta la idea de que Kiana también tenga esa conexión con los animales.

Porque los perros, de alguna manera, también nos enseñan sobre el cariño, la lealtad y la compañía.

Y ojalá que para Kiana esos momentos, aunque sean simples, se conviertan algún día en recuerdos tan bonitos como los que yo tengo de mi infancia.

FIN